

---

R E S E Ñ A S

---

VICENTE ROBALINO,  
*La invención del cielo*,  
Quito, Eskeletra, 2008, 54 pp.

*La invención del cielo* de Vicente Robalino (Ibarra, 1960), lo afirma y reafirma como un navegante, o como él prefiere nombrarse, un peregrino de la nocturnidad. Pues la noche, un tema que los románticos supieron convertir en razón de fondo y ser de su escritura, poniendo en evidencia lo que sería la crisis del sujeto moderno, en Robalino recobra nuevos bríos para mostrarnos cómo la dialéctica de lo nocturno ha dado paso a las nuevas búsquedas e interrogantes que el sujeto de estos tiempos dislocados se plantea, no como parte de un interrogar al mundo, sino de cómo ese mundo se ha metamorfoseado en unas circunstancias que son suma de instantes, de momentos que la voz poética teje tratando de encontrar alguna rendija por donde dar con esa luz que, así nos lo recuerda Robalino, es un “querer decir”, o sea, una imposibilidad antes que una realización plena; esa angustia que conjuga la urgencia por expresar, por atrapar en el poema aquello que siempre es un invento, especie de imposible que en la escritura

se expresa como una derrota, continuidad de aquel vacío que nunca el poeta puede justificar, peor explicarse.

Es en ese desafío, que no es otra cosa que moverse al filo de la navaja, por donde transita esta voz que da cuenta del desconcierto que el pasado mediato e inmediato, la memoria y sus fantasmas –a veces su presencia es demasiado perturbadora– le van cifrando. Desde el texto que abre el libro, “Hacia una extraña sombra”, el lector es invitado a ser parte de un recorrido en el que todo será como visitar las ruinas de una ciudad, escenario bastante hostil y recurrente, donde el sujeto lírico nos informa: “Aves escarban en la oquedad de la noche/ unas palabras parpadean en la distancia” (p. 17).

Estos elementos, noche e instante, ciudad y tiempo, constituyen, desde la publicación de *Sobre la hierba el día* (2001), hasta *Cuando el cuerpo se desprende del alba* (2007), una constante en la escritura de Robalino. Elementos a los que hay que sumar el cuerpo como parte de una reflexión en la que están implícitas las dudas respecto a lo que es el ejercicio de la poesía, que en esta ocasión se propone, en el texto introductorio “Este cielo que se anegará

de noches”, una poética donde el autor pretende develar lo que es el misterio, la irrazón y el devenir de la creación:

Fuera de la escritura no hay más que vacío o una realidad que, por sí misma, es pobre. En ella, el ser humano ha sido convertido en cosa, en objeto (p. 12).

Lo interesante de este falso prólogo es que el autor, desde la razón, se plantea establecer las claves, los indicios, de aquello que para la criatura poemática son los pretextos y fundamentos de su peregrinar en la invención de un cielo que solo lo habitamos y en el que volvemos a creer cuando, como lectores, poblamos el poema. Anoté falso prólogo, porque si bien se trata de la poética, o sea de una postura que el autor tiene ante la escritura y la creación, lo cierto es que los hallazgos que el autor cree haber encontrado solo nos sirven para alertarnos de que todo lo que ahí sostiene es un “querer decir”, o lo que nunca se ha logrado develar sino en el poema, que es donde toda teoría termina por mostrar sus límites, incluso a la hora de pretender despejar aquello que en apariencia podría ser explicable.

Como el gran Pedro Salinas, Robalino está convencido de que el oficio de poeta es oficio para “vagos”, y vagos no en el sentido burgués del término, a tiempo completo. Pues el poeta siempre es alguien que está en el margen, fuera, incluso, de la república diseñada por Platón y de todo lo que pueda oler y saber a convención social. En “El autoflagelo diario”, se nos presenta toda una teoría sobre el quehacer del poeta; visión que se mueve entre la solemnidad que de pronto se desbarata por la irrupción implacable de la ironía que le

permite a la voz poética poner en descrédito, en cuestionamiento, aquel ejercicio que en otros tiempos se consideraba como ocupación para letrados elegidos de las musas. En la lectura de Robalino, el poeta, un ser que funda a partir de la destrucción, también es un ser que hoy, como en su hora lo hicieron los románticos y los dadaístas, es capaz de autoironizar, de mofarse de aquella pomposidad que desde la cultura del poder se le otorgaba al poeta:

Cuando el día abre sus mandíbulas  
mi mente se siente iluminada  
y me pongo a pensar frente a este paisaje lejano y miserable  
que escribir es un oficio para desocupados  
una suerte de autoflagelo diario  
un misticismo bastante tardío (p. 25).

Resultado de ese “autoflagelo diario” es su vínculo con esa nocturnidad con la que el poeta respira, y en la que se encuentra con el escenario propio, inevitable de la modernidad: la ciudad. Espacio, además, del sujeto y del poema; centro de gravitación (cielo e infierno) de todo aquello que sin duda contribuye a su resurrección cotidiana, esa batalla que da cuenta de negaciones que muchas de las veces son reconocimientos de todo lo que se ha perdido, de todo lo que nos han arrebatado:

La ciudad es ardua y anochezco (p. 20).

La ciudad pintarrajeada de anuncios  
se mira largamente en un espejo (p. 22).

De ahí que la voz poemática que se desprende del cuerpo del poeta, sin duda es en el alba, o sea, la hora en la que todos partimos (la hora que escoge don Quijote para lanzarse a compo-

ner lo que Dios dejó maltrecho), por tanto, la hora posterior a la noche, a ese desencuentro total que es una suma de combates en los que el hombre y la mujer buscan algo que se parezca a la fe, a esa tabla de salvación que todos sabemos que es un engaño, otra traición en la que insistimos porque tal vez es lo último que tenemos; es la confirmación de lo que siempre hemos carecido y la única forma de enterarnos es a través del desconcierto de volver a buscar, de llamar ahí en medio de esa ciudad de la noche en la que volvemos a constatar que Dios está solo, “sin ángeles, sin árboles y sin hojas” (p. 39), y que la única tabla de la que podemos agarrarnos asirnos es la que nos otorgan las palabras.

Sucede que Dios, en la poesía de Robalino, no es una referencia histórica ni cultural, es otro habitante de su ciudad, de ese reino del que nos dice que nunca estuvo ni está para nosotros, pero que sin duda, por ser imposible e improbable, siempre, obcecadamente seguimos buscando al final de la noche o después de haber desertado del alba:

Me veo en ti Dios  
para que consumas mi fin y tu venganza (p. 43).

Esta sentencia concluyente es resultado de lo que en uno de los textos más conmovedores y preciosos del libro, “Escarbar en el vacío”, la voz lírica se plantea, dentro de lo que, a la vez, es uno de los ejercicios más desconcertantes de la soledad de ese sujeto que en los tiempos en los que, se supone, estamos más conectados con los otros, por todo lo que las trampas de la globalización (hoy tropezándose y en-

redándose en sus propias falacias) nos imponen; la verdad es que esa soledad que corresponde a la del hombre que habita la aldea local, sigue siendo patrimonio de uno, suma de las soledades que incluye a la del mismo Dios, y que viene desde antes, desde que empezamos a ser modernos:

Años y años de escarbar en el vacío de zambullirme en un silencio autoritario (p. 43).

Para Robalino, la escritura es un acto que conjuga lo vital y lo fugaz, la ironía, e incluso el sarcasmo del que ya diebra cuenta en su primer poemario, *Póngase de una vez en desacuerdo* (1990), que reúne gran parte de los textos que trabajó en el taller de literatura que en la década de los 80 dirigió el novelista Miguel Donoso Pareja en Quito y Guayaquil. Ese sarcasmo vuelve a estar presente en estas páginas como parte de una estrategia escrituraria que le permite convertir en sospechoso ese tono de supuesta solemnidad, desde la que se expresa el sujeto lírico, y que no es otra cosa que, dentro de este juego, el advertirnos que la seriedad solo es otro disfraz para tratar de ganarnos el cielo imposible:

Que el tiempo se precipite  
sobre mi última palabra.

Que lo que quede de mí  
—si acaso algo es rescatable—  
sea elevado a los altares  
y el resto sirva de ejemplo  
para las futuras generaciones (p. 22).

Pero el instante, parecería decirnos Robalino, es la eternidad. En él nacemos, en él nos esfumamos. Todo es-

tá pre y determinado en ese momento; no hay plazos, la vida es hoy como sostenían los vanguardistas de la década del 20 con Hugo Mayo a la cabeza. De ahí que se pregunte:

Si naufrago en esta página,  
quién me rescatará del olvido.  
Si me hundo en la noche,  
quién me volverá a la cordura.  
Dónde las virtudes  
que sostiene este instante (p. 19).

Parte de esa noción de la fugacidad del instante es la propia brevedad de los textos. En su mayoría, todos adquieren la forma de lo epigramático, o preferiría decir de lo telegráfico que incluso el *email* posmoderno ha reivindicado: pocos son los que ahora escriben *mails* con todos los lujos de una epístola clásica. Parecería ser que el poeta nos quiere contagiar de la desolación de una angustia que solo puede ser cifrada en el ritmo y la vehemencia de esa fugacidad. Condición de una escritura que no se detiene ni demora en detalles superfluos, o lo que los ultraístas cuestionaban como “adornos innecesarios” del poema, y que en estos textos tiene la resonancia (esto como recurso) del salmo y el proverbio, jamás del sermón. No olvidemos que el libro se abre con los versículos del profeta Jeremías que son una interrogación que aún nos quema en medio del pecho: “¿Dónde están los dioses que tú fabricaste? Que se alcen ellos y te salven ahora”.

Los dioses que ha fabricado Robalino entre uno y otro libro, con una ironía que es parte de la resurrección, son los que ha convocado en el poema. Van desde las ilusiones del reino de este mundo; tanto desde sus etapas enveje-

cidas como de las nuevas tentaciones que nos ofrecen, y que siempre están atravesadas por ese mal que a todos nos aqueja y que la mejor forma de explicarlo fue llamarlo soledad, que a su vez da cuenta de los miedos, “de donde brota el musgo de las culpas” (p. 43); de la imposibilidad de amar y de que nos amen cuando para todos es una urgencia impostergable; y sin duda, de la noche que en Robalino es la otra cara de la muerte.

¿Todos forman parte de aquellos dioses que fabricamos para salvarnos? En parte sí, pues siempre hemos estado buscando la forma de explicarnos lo que, desde la desazón y las reconveniciones de la soledad, nos ha permitido construir aquellas interrogantes que de pronto, en la búsqueda del Dios verdadero, no ha dejado de ser sino caer —otra vez— en las tentaciones que a buena hora siempre han llegado a salvarnos, porque, como bien lo sostiene Robalino en otro de los textos logrados de este prontuario de contriciones:

Que nuestros cuerpos condenados a la  
incertidumbre  
puedan encontrar la certeza de las re-  
surrecciones (p. 36).

Resurrección que siempre nos esforzamos porque sea una realidad, que claro, solo es posible en esta agua, ritual y confesión que el poema nos permite albergar.

Al menos, esperemos que así sea hoy, mañana y siempre.

**RAÚL SERRANO SÁNCHEZ**  
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,  
SEDE ECUADOR